



Franz Grillparzer
Autobiografía, diarios
y otros escritos



FRANZ GRILLPARZER

Autobiografía, diarios y otros escritos

Presentación de
Jordi Llovet

Traducción, prólogo y notas
de Adan Kovacsics

Galaxia Gutenberg

BUNDESKANZLERAMT ■ ÖSTERREICH

La traducción de este libro ha recibido una ayuda del Bundeskanzleramt de Austria

También disponible en eBook

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría

Traducción del alemán: Adan Kovacsics Meszaros

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2018

© de la presentación: Jordi Llovet, 2018
© de la traducción, prólogo y notas: Adan Kovacsics, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA-Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 6983-2018
ISBN: 978-84-17088-26-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

MIS RECUERDOS DE BEETHOVEN

Leo un artículo del señor Ludwig Rellstab titulado «Beethoven» y veo allí mencionada de una manera no del todo exacta mi relación con el gran maestro y en particular el libreto de ópera que escribí para él. La acusación no se dirige al señor Rellstab, que sin duda habrá referido fielmente las palabras que le dijera Beethoven. La causa debe de residir más bien en el triste estado del maestro en sus últimos años, que no le permitía distinguir siempre con claridad entre lo que realmente había ocurrido y lo que sólo era pensado. Todo cuanto se refiere a un gran hombre resulta siempre interesante, de modo que procuraré relatar nuestro encuentro y sus consecuencias con la máxima fidelidad posible. O, mejor dicho, me supone un placer volver a poner ante el alma mis recuerdos en esta ocasión y dejar constancia de ellos.

La primera vez que vi a Beethoven fue cuando yo era un muchachito —debió de ocurrir en los años 1804 o 1805—, concretamente en una velada musical en casa de mi tío Joseph Sonnleithner, socio de una tienda de productos artísticos y musicales en esa época. Además de Beethoven estaban presentes Cherubini y el abate Vogler. Por aquellas fechas Beethoven era todavía delgado; iba vestido de negro y, contrariamente a su costumbre posterior, con suma elegancia; llevaba gafas, cosa esta que recuerdo porque más tarde dejaría de usar ese artilugio para remediar la miopía. No me acuerdo ya de si él o Cherubini tocaron algo en la velada, sólo que, cuando el criado anunció la cena, el abate Vogler se sentó al piano y empezó a tocar unas interminables variaciones sobre una melodía africana que él mismo había

traído del país de origen. Durante la ejecución de la pieza, los huéspedes se fueron retirando poco a poco para dirigirse al comedor. Sólo quedaron Beethoven y Cherubini. Al final éste también se marchó y Beethoven permaneció solo junto a aquel hombre que se esforzaba tanto. Por último, también él perdió la paciencia sin que el abate Vogler, ya solo, dejara de acariciar su tema en todas las formas posibles. Yo mismo había permanecido allí, pasmado por el disparate de la situación. Mi memoria me falla por completo en cuanto a lo que ocurrió a continuación, como suele ser habitual en el caso de los recuerdos de juventud. No sé junto a quién se sentó Beethoven a la mesa, ni si conversó con Cherubini, ni si el abate Vogler se sumó a ellos; es como si hubiera bajado un telón oscuro para cubrir todo aquello.

Uno o dos años más tarde pasé el verano con mis padres en la aldea de Heiligenstadt, cerca de Viena.¹ Nuestra vivienda daba al jardín, y en el mismo edificio Beethoven ocupaba los cuartos orientados hacia la calle. Ambos sectores estaban unidos mediante un pasillo común, que llevaba a las escaleras. Mis hermanos y yo nos interesábamos poco por aquel hombre peculiar –había engordado entretanto e iba vestido de manera sumamente descuidada, incluso mugrienta– que pasaba gruñendo a nuestro lado, pero mi madre, una apasionada de la música, se dejaba llevar de vez en cuando al oírlo tocar el piano, salía al pasillo común y se ponía a escuchar con devoción, no junto a la puerta de él, sino de la nuestra. Debí de ocurrir unas cuantas veces, hasta que un día la puerta de Beethoven se abre de golpe, sale él en persona, ve a mi madre, vuelve a entrar en su vivienda y acto seguido baja corriendo las escaleras con el sombrero calado para alcanzar la calle. A partir de ese momento no volvió a tocar el piano. En vano le mandó decir mi madre –a través del criado de él, puesto que cualquier otra oportunidad le estaba vedada– que no sólo no volvería a ocurrir que alguien lo escuchara, sino que la puerta de nuestra vivienda que daba al pasillo se mantendría cerrada, y que, para salir,

todos los miembros de la casa utilizarían únicamente el intrincado desvío que iba por el jardín, en vez del pasillo. Beethoven no se dejó ablandar y su piano permaneció intacto hasta que el final del otoño nos devolvió a la ciudad.

Durante uno de los veranos siguientes visité a menudo a mi abuela, que poseía en la cercana localidad de Döbling una casa de campo. Beethoven también vivía en Döbling en aquella época. Frente a las ventanas de mi abuela se hallaba la ruinosa casa de un campesino tristemente célebre por su vida disoluta. Flohberger, se llamaba el hombre. Este tal Flohberger tenía, además de su espantosa vivienda, una hija muy guapa aunque no precisamente favorecida por la fama: Lise. Beethoven parecía interesarse sobremanera por la muchacha. Todavía lo veo subir por la Hirschgasse, arrastrando por el suelo el pañuelo blanco que llevaba en la mano, lo veo detenerse ante la puerta de la granja de Flohberger, en cuyo recinto la frívola belleza, de pie sobre un carro de heno o de estiércol, manipulaba diligentemente el biello al tiempo que no paraba de reír. Jamás vi a Beethoven dirigirse a ella; antes bien, permanecía en silencio mirando hacia dentro hasta que la muchacha, cuyo gusto se inclinaba más bien hacia los mozos de labranza, lo enfurecía, fuese mediante una burla, fuese ignorándolo de forma obstinada; él entonces se daba la vuelta bruscamente y se marchaba, lo cual no quería decir, sin embargo, que no fuera a detenerse ante la puerta en la siguiente ocasión. Sí, su interés llegó hasta el punto de que, cuando el padre de la muchacha fue a parar a la cárcel del pueblo (a la que llamaban «chiquero») a consecuencia de una pelea en medio de una borrachera, Beethoven intercedió personalmente a favor de su liberación ante la asamblea del ayuntamiento; eso sí, trató de forma tan tempestuosa a los severos concejales, que por poco no acabó haciendo involuntariamente compañía a su protegido.

Más adelante lo veía a lo sumo en la calle y una que otra vez en el café, donde trataba con Ludwig Stoll, un poeta hace tiempo fallecido y olvidado, perteneciente al grupillo

de Novalis y Schlegel. Se decía que juntos proyectaban una ópera. Sigue siendo incomprensible que Beethoven esperara algo útil de ese fantasma sin médula; o, dicho de otro modo, que esperara de él algo que no fuesen delirios a lo sumo bien versificados.

Entretanto yo mismo había dado el paso a la vida pública. Se habían publicado ya mis dramas *La antepasada*, *Safo*, *Medea* y *Ottokar*, cuando de repente el entonces director de los dos teatros de la corte, el conde Moriz Dietrichstein, me hizo saber que Beethoven se había dirigido a él preguntándole si podía conseguir que yo le escribiera un libreto para una ópera.

La petición, he de confesar, me causó cierto trastorno. Por un lado, quedaba bastante lejos de mí la idea de escribir alguna vez un libreto para una ópera, y, por otro, dudaba de que Beethoven —que entretanto se había quedado completamente sordo y cuyas últimas composiciones, con independencia de su gran valor, habían adquirido un carácter áspero que se me antojaba incompatible con el trato debido a las voces—, dudaba, digo, de que Beethoven fuera capaz de componer aún una ópera. No obstante, la idea de que un texto mío diera pie a que un gran hombre creara una obra que en todo caso sería sumamente interesante primó por encima de las demás consideraciones y acabé aceptando.

Entre los argumentos dramáticos que había anotado para trabajar sobre ellos en el futuro se hallaban dos que parecían admitir un tratamiento operístico. Uno se movía en el ámbito de la pasión más intensa. Pero, aparte de que no conocía a cantante alguna que estuviera a la altura del papel protagonista, tampoco quería dar motivo a que, seducido por un argumento más o menos diabólico, Beethoven se alejara todavía más hacia los últimos confines de la música, que de todos modos ahí lo esperaban en forma de amenazantes abismos.

Elegí por tanto la fábula de Melusina; eliminé en la medida de lo posible los elementos reflexivos y traté de adaptar-

me a las peculiaridades del estilo tardío de Beethoven mediante un predominio de los coros, recurriendo a vehementes y grandiosos finales y dando un carácter casi melodramático al tercer acto. Preferí no hablar antes con el compositor sobre el tema, puesto que quería conservar la libertad de mi concepción, consciente, además, de que se podían cambiar detalles a posteriori y de que, al fin y al cabo, él era libre de componer la obra o no. Es más, para no forzarlo en absoluto en este sentido, se la envié por la misma vía que había tomado su petición para llegar a mí. La idea era que ninguna consideración personal lo determinara o lo perturbara de alguna manera.

Al cabo de unos días vino a verme Schindler, el secretario de Beethoven por aquel entonces —el mismo que luego escribiría su biografía—, y me invitó en nombre de su jefe y maestro, que no se sentía bien, a hacerle una visita. De inmediato me vestí y nos dirigimos a ver a Beethoven, que por aquellas fechas vivía en el barrio de Landstrasse. Lo encontré con un libro en la mano, tumbado en una cama destartada y vestido con un camisón sucio. Junto a la cabecera de la cama había una portezuela que, tal como pude comprobar después, daba a la despensa, la cual era vigilada por Beethoven, por así decirlo. Digo esto porque, cuando al poco rato una criada salió de la despensa con mantequilla y huevos, él, a pesar de estar sumido en una intensa conversación, no pudo evitar lanzar una mirada inquisidora a las cantidades que la mujer llevaba, lo cual me procuró una triste imagen de las perturbaciones de su vida doméstica.

Cuando entramos, Beethoven se levantó de su lecho, me dio la mano, me expresó de forma efusiva su afecto y su respeto y enseguida se puso a hablar de la ópera. «Su obra está viva aquí», me dijo señalándose el pecho, «en unos cuantos días me iré al campo y empezaré a componerla de inmediato. Lo único que pasa es que no sé qué hacer con el coro de los cazadores que sirve de introducción. Weber utilizó cuatro trompas; entenderá que yo deberé recurrir a

ocho; ¿adónde nos conducirá eso?». Aunque entendí ese argumento, le dije que podíamos prescindir directamente del coro de los cazadores sin perjudicar al conjunto de la obra, con lo cual él se mostró sumamente satisfecho y ni entonces ni en ninguna otra oportunidad puso más objeciones al texto ni exigió nunca ningún cambio. Es más, insistió en firmar en el acto un contrato conmigo. Los beneficios de la ópera, dijo, habían de repartirse entre nosotros a partes iguales, etcétera. Le expliqué, acorde a la verdad, que jamás había pensado en cobrar unos honorarios ni nada parecido por mi trabajo (por lo cual esas obras, que –con la excepción de las de Uhland– considero las mejores que ha creado Alemania desde la muerte de sus grandes escritores, han rendido unos beneficios que apenas llegan a cuanto le generan a un muerto o a un vivo o a un medio muerto un único libro de relatos de viajes o un único volumen lleno de imágenes fantasiosas).

Confiaba yo en que Beethoven renunciara al aspecto comercial de su idea. Al cabo de pocos días, sin embargo, vino a verme mi editor, Wallishausser, y me dijo que el maestro insistía en cerrar un contrato. Si no me decidía, solicitaba que le cediera los derechos sobre el libreto a él, Wallishausser, quien ya se arreglaría con Beethoven, que estaba informado. Me alegró poder quitarme de encima el asunto; obtuve de Wallishausser una suma moderada, le cedí todos los derechos de autor y no pensé más en todo ello. No sé si realmente llegaron a firmar un contrato; no obstante, supongo que sí porque de lo contrario Wallishausser no habría dejado, como siempre, de llenarme la cabeza con sus lamentos de que había arriesgado su dinero. Menciono todo esto sólo para refutar lo que supuestamente Beethoven dijo al señor Rellstab, esto es, que «él había querido algo distinto que yo». Por el contrario, tan decidido estaba a componer la ópera que incluso pensaba en cómo organizar unos acontecimientos que sólo podrían producirse una vez acabada la obra.

En el transcurso del verano, en compañía del señor Schindler, visité a Beethoven en Hetzendorf, invitado por él. En el camino, Schindler me preguntó si yo sabía o si alguien me había dicho ya que Beethoven no había podido ponerse a componer la ópera, debido a una serie de trabajos pedidos con urgencia. De modo que evité tocar el asunto en la conversación. Salimos a pasear y charlamos todo lo bien que se puede conversar andando. Aún recuerdo emocionado que, cuando nos sentamos a la mesa, Beethoven se dirigió a la habitación contigua y trajo él mismo cinco botellas. Puso una ante el plato de Schindler, otra ante el suyo, y las tres restantes en fila frente a mí, probablemente con la intención de expresar a su manera sumamente ingenua y bondadosa que yo era libre de beber cuanto quisiera. Cuando regresé a la ciudad, sin Schindler, que se quedó en Hetzendorf, Beethoven insistió en acompañarme. Se sentó a mi lado en el coche abierto, pero en vez de apearse en la frontera de su distrito viajó conmigo hasta la ciudad, ante cuyas puertas se bajó y, después de estrecharme cordialmente la mano, emprendió solo el viaje de regreso, de hora y media de duración. Mientras él se apeaba del vehículo, vi un papel en el sitio donde él había estado sentado. Creí que lo había olvidado y le hice señas para que regresara. Él, sin embargo, sacudió la cabeza y, soltando una sonora carcajada por su logrado ardid, corrió todavía más rápido en la dirección contraria. Desenvolví el papel, que contenía exactamente la suma que yo había acordado con mi cochero por su servicio. Su forma de vida lo había enajenado hasta tal punto de todos los hábitos y costumbres del mundo, que ni siquiera se le ocurrió que ese acto podía suponer una ofensa en cualquier otra circunstancia. Sea como fuere, lo tomé tal como era su intención y, riendo, pagué a mi cochero con el dinero regalado.

Luego ya sólo volví a verlo una vez, y no recuerdo dónde. Me dijo entonces: «Su ópera está acabada». No sabría decir si se refería a que estaba acabada en su cabeza o si los

innumerables cuadernos de apuntes en los que solía registrar ideas o figuras sólo para él comprensibles, con el fin de trabajarlas luego, contenían quizá fragmentos de aquella ópera. Lo cierto es que tras su muerte no se encontró ni una sola nota que pudiera relacionarse sin lugar a dudas con esa obra común. Yo, por cierto, me mantuve fiel a mi propósito de no recordárselo ni que fuese mínimamente mientras vivía y, puesto que además la conversación por vía escrita me resultaba molesta, no volví a acercarme a él hasta que seguí a su féretro con traje negro y una antorcha encendida en la mano.

Dos días antes, por la tarde, había venido a verme Schindler con la noticia de que Beethoven se estaba muriendo y sus amigos me pedían un discurso para que el actor Anschütz lo pronunciara junto a su tumba. Me sentí tanto más conmovido cuanto que apenas sabía nada de su enfermedad, pero traté de ordenar mis pensamientos y al día siguiente empecé a escribir el discurso. Había empezado la segunda parte cuando Schindler regresó; venía a buscar lo que me había pedido, dijo, pues Beethoven acababa de fallecer. Profundamente conmovido, estallé en llanto y –como no ha dejado de ocurrirme con otros trabajos cuando se adueñaba de mí una emoción real– no pude concluir el discurso con la precisión con que lo había comenzado. El discurso se pronunció, de todos modos; la comitiva fúnebre se disolvió en actitud emocionada y reflexiva, y Beethoven no estaba ya entre nosotros.

Realmente quise a Beethoven. Si acierto a decir tan poco acerca de sus declaraciones, ello se debe sobre todo a que no me interesa lo que dice un artista, sino lo que hace. Si el hablar fuese el criterio para definir el valor artístico, Alemania estaría ahora tan llena de artistas como vacía está de hecho. Es más, a la verdadera fuerza creativa sólo le favorece esa capacidad intelectual que ya viene dada y fijada con el talento, por así decirlo, que se manifiesta de forma instintiva y que es la fuente de la vida y de la verdad individual. Cuanto

más amplio es el círculo, más difícil resulta llenarlo. Cuanto más grande es la masa, más arduo resulta darle vida. Cuando Goethe sabía aún poco, escribió la primera parte de su *Fausto*; la segunda, cuando conocía ya todo cuanto es digno de saberse. Respecto a las declaraciones que pudiera haber hecho Beethoven, sólo se me ocurre decir a posteriori que valoraba sobremanera a Schiller; que consideraba más afortunada la suerte de los escritores que la de los músicos, puesto que tenían un campo más amplio y, por último, que *Euryanthe* de Weber, que era nueva por aquel entonces y que a mí no me gustaba, tampoco parecía ser de su gusto. En general, deben de haber sido los éxitos de Weber los que le dieron la idea de volver a escribir una ópera. Sin embargo, se había acostumbrado tanto al vuelo libre de la imaginación que ningún libreto de ópera del mundo habría sido capaz de encauzar sus efluvios entre unos límites dados. Buscaba y buscaba y no encontraba porque para él no existía ninguno. De lo contrario, alguno de los numerosos temas que le propuso el señor Rellstab debería haberlo atraído, al menos antes de que lo hubieran espantado los problemas de su ejecución.

Mi libreto, que yo no podía considerar ya propiedad mía, fue a parar a manos de Konradin Kreutzer a través de la librería Wallishauser. Sólo puedo alegrarme de que ninguno de los músicos ahora vivos estime digno componer una ópera con él. La música se encuentra en la misma crisis que la poesía, y, además, por los mismos motivos: el desconocimiento del ámbito propio de las diversas artes. La música tiende a ocupar el espacio de la poesía para extenderse, y la poesía hace otro tanto con la prosa. No parece el momento para explayarse al respecto mientras filósofos e historiadores del arte —pienso aquí en Gervinius y otros seudoeruditos, que consideran que su incompetencia en su propio ámbito les sirve de capacitación para cualquier otro—, mientras esos inútiles charlatanes se apropien del territorio del arte alemán. Del sano sentido de la nación se espera, por cierto, que

se sustraiga cuanto antes al dominio de las palabras y regrese a los hechos y a las acciones.

Para acabar, unas rimas que apunté no hace mucho y para las que no encuentro mejor sitio:

Progresar un hombre con paso raudo,
por su sombra siempre acompañado;
recorre bosques, prados y campos,
en avanzar consiste su ahínco.
Quiere frenar su impulso un río,
él se lanza, separa las aguas,
en la otra orilla aparece
y prosigue su camino invicto.
Llega por fin a un precipicio
y se prepara para saltar;
mientras todo el mundo se estremece,
él salva incólume el abismo.
Lo que a otro le cuesta, para él es juego,
y cual triunfador la meta alcanza.
Sin embargo, no ha abierto un camino.
Ese hombre me recuerda a Beethoven.

DIARIOS

[1808]

[*Primeros días de junio*]

La cautela es hija de la reflexión, pero es fácil que llegue a crecer tanto que acabe hasta sacándole una cabeza.

Los pantalones y la fama de no ser ladrón se parecen en lo siguiente: tenerlos no supone ninguna honra; pero cuando los pierdes todo el mundo se cree con derecho a vilipendiarte.

Con frecuencia dudo de mi talento para la poesía dramática; el primer acto de *Blanca de Castilla* me demuestra bien a las claras que carezco de él. ¿O es que soy todavía demasiado joven para este género literario?¹

He nacido con mala estrella, ¡no consigo encontrar un amigo! En algún lugar dice alguien, no recuerdo quién: aquel que tiene un corazón accesible a la amistad hallará fácilmente a un amigo... No lo creo. Yo al menos imagino que mi corazón está creado para sentir la amistad más cálida y estrecha, y aun así no doy con un amigo de verdad. En su día creía haber hallado a uno en Mailler, pero nuestro sentimiento no era tanto afecto mutuo como una común inclinación por una misma rama del saber: la poesía. Mailler nunca pudo ser mi verdadero amigo dado que nunca ha sido capaz de sacrificar su vanidad de poeta, cosa que yo sí he hecho a menudo. Los principios de Mailler armonizan demasiado poco con mi forma de pensar como para que podamos ser amigos. Percibe que tengo más talento poético que él, y eso

provoca en él cierta frialdad que a mí, a su vez, me deja también frío. ¡Mailler nunca ha sido mi amigo ni pudo serlo jamás! La fanfarronería de Paumgarten y su talento realmente mediocre oscurecen en exceso su corazón, auténticamente bondadoso. Quiere dominar en la amistad pero, gracias a Dios, ¡me siento superior a Paumgarten! Si Altmütter y Wohlgemuth hubieran de ser mis amigos, no deberían ser precisamente lo que son en realidad. ¡Casi desespero de encontrar alguna vez a un verdadero amigo!

[Hacia el 19 de julio]

¿Soy un buen hombre o no? No me atrevo a resolver esta pregunta. A veces me creo bueno, pero la experiencia me demuestra lo contrario en el instante siguiente. Doy dinero a los pobres con frecuencia; se podría decir, por tanto: ¡eres bondadoso! Mas no lo soy, pues siento que no apoyaría a nadie a través de un tercero... o, al menos, que me costaría mucho. A menudo sólo doy para quitarme de encima a los molestos e incluso para engañarme a mí mismo cuando me reprocho mi insensibilidad y dureza de corazón. No soy generoso, por mucho que dé más que otros, porque no doy en todas las circunstancias; ¡y no cualquier cosa! Daría sin más la mitad de mi dinero a mi hermano, pero tal vez nunca me decidiría a dejarle una cosa que fuese muy de mi agrado. No soy sincero; o sólo lo soy cuando lo soy en exceso. A veces puedo ocultar algo con astucia ante un amigo, puedo incluso burlarme de él en su ausencia y, me avergüenza decirlo, incluso he calumniado a Mailler, quien, en su día al menos, me tenía mucho afecto: lo calumnié ante un hombre al que apenas conocía, expresé sospechas de cuya falsedad y falta de fundamento estaba completamente convencido. ¿No actuaría igual con un amigo verdadero, si lo tuviese? No lo sé; aun así, fue un acto infame también en el caso de Mailler. No sólo me falta la mayoría de las buenas cualidades; las malas, las viciosas poseen tal preponderancia en mí que a menudo yo

mismo me horrorizo. Miento, y no lo hago por bromear; no, se trata de una inclinación, de un placer que encuentro en la mentira. Tengo una tendencia casi invencible al robo, que sólo consigue domar mi sentido del honor, tan delicado que casi degenera en lo absurdo. Cuando ando falto de dinero (aunque sólo en esos momentos) no puedo ver nada en una casa sin que despierte en mí el deseo de sustraerlo. Soy envidioso hasta el punto de perder el juicio cuando no consigo satisfacer plenamente esa pasión. Creo que, después de padecer un agravio, la imposibilidad de tomar venganza me mataría. Esta pasión se manifiesta en particular cuando intervienen los celos. Son éstos a pesar de todo la pasión más intensa en mi corazón, de tal manera que ni el amor ni el placer, que tienen desde luego una fuerza extraordinaria, consiguen hacerle contrapeso. Los celos, en mi caso, excluyen por completo el uso de la razón, y me avergüenzo al pensar en algunos casos que realmente me rebajaron al nivel de un animal salvaje. Una conversación animada de mi amada con un extraño me enfurece; cuando un extraño la alaba, odio al elogiador; cuando ella menciona con cierto afecto a otro hombre, la serenidad de mi alma se ha acabado. Sé lo que sufrí cuando amé a Therese; aquella época fue quizá la más dulce pero también la más angustiosa de mi vida hasta el momento. Cualquier mirada de un extraño me llenaba de rabia. Sin embargo, nunca se manifestó en mí esa pasión de manera más terrorífica y abominable que cuando K. quiso besar a Antoinette. No logro describir lo que sentí en aquel momento. Temblaba y tiritaba como si me sacudiese la fiebre, me rechinaban los dientes, apretaba los puños. ¡Ojalá pudiera borrar de mi memoria el recuerdo de aquel día! Estoy convencido de que vengaría de forma sangrienta una infidelidad de mi amada (y eso que la valentía no es precisamente una cualidad sobresaliente de mi alma). Ilimitada como mis celos es también mi proclividad al amor y al placer. Resulta extraño hasta qué punto las dos pulsiones están separadas en mi corazón; cuando siento la una no cabe la otra. Cuando amé

a Therese (y a ella la amé más puramente de lo que quizá nunca podré amar), jamás advertí que tenía unos pechos hermosos; y, la verdad, eso quiere decir mucho en mi caso. Respecto a Antoinette sí me di cuenta; a decir verdad, mi pasión era todo menos espiritual. Al ver a N. no pienso en más que... en hacer el amor. Cuando amo, amo como quizá nadie lo ha hecho, o muy pocos; mi sentimiento no se puede describir ni comparar con nada. Realmente siento dolor físico en el amor, mi corazón me duele como si se partiera, pero, curiosamente, sólo mientras amo y no soy correspondido alcanza mi pasión ese grado tan elevado; cuando me corresponden (con ello no quiero decir que yo llegue a disfrutar, sino solamente esto: que se me corresponda), mi amor decrece al tiempo que crece el amor de la otra persona hacia mí, y poco a poco me enfrío. Lo mismo que con el amor me ocurre con mi inclinación al placer voluptuoso; sólo es ardiente mientras encuentro resistencia, pero cuando es respondido positivamente queda destruido. ¡Cosa extraña! La voluptuosidad es, entre mis pasiones, a la que mejor puedo resistirme cuando el estímulo que la ocasiona me llega hallándome yo en un estado de ánimo sereno; pero si mi fantasía está ya en movimiento, entonces... no respondo de nada. En los meses de marzo a mayo no le deseo a ninguna muchacha encontrarse conmigo a solas en algún paraje frondoso, sobre todo al anochecer. En general, nada me estimula tanto al amor o (según las circunstancias) al placer que hallarme al aire libre una hermosa tarde, ya no digo a la luz de la luna; distinto es si hace una hermosa mañana: el entusiasmo que me causa me alza por encima de todas las pasiones. No creo poder ver salir el sol mientras pienso en venganzas o placeres voluptuosos. Uno de mis principales defectos es, además, la envidia; es lo que más me avergüenza. La envidia se manifiesta sobre todo cuando leo un buen poema de otro o, en general, algún escrito redondo; trato entonces de denigrar mezquinamente cada pensamiento, cada palabra. ¡Pero me paro aquí, pues noto que empiezo a arder!

[Segunda mitad de julio]

Sin duda tengo talento para la poesía dramática; los dos actos de *Roberto de Normandía* no han salido nada mal, aunque contienen aún algunas asperezas.

Sé que a primera vista resulto poco interesante; sin embargo, tampoco deseo serlo, al menos tal como se interpreta normalmente esa palabra. Normalmente se define como interesante a la persona que posee tal dominio sobre el sentimiento a través del ingenio y del intelecto, o que tiene tanto entendimiento y tan poco sentimiento que, tanto en un caso como en otro, no se percibe la existencia de este último; la persona interesante se mantiene siempre fría como el hielo, se mofa de cuanto conmueve a los otros, se ríe de aquello que hace que los demás se sientan humanos; en resumen, ha de ser un hombre inhumano. Dios me guarde de un interés de ese tipo. Sacrificar el sentimiento nunca ha sido lo mío.

A menudo me ha causado enfado el que mi carácter siempre parezca diferente ante personas diferentes, en lugares diferentes, en situaciones diferentes. ¿Por qué será? No me atrevo a explicar este fenómeno. Mi tía Therese y Wohlgemuth lo intentaron ambos, y no sé a quién creer. En opinión de Therese, se debe a que tengo, latentes, muchísimos talentos y a que los objetos que inciden en mí desde fuera despiertan uno u otro de esos talentos, de ahí las diferencias... Wohlgemuth, por su parte, piensa que mi ardiente fantasía me capacita para ponerme en cualquier situación, de manera que me adapto con facilidad a los objetos que me rodean, lo cual explica el fenómeno... Esto último, sin embargo, es evidentemente falso, dado que no siempre armoniza mi estado de ánimo con los objetos y las situaciones externos, y el desajuste puede llegar a ser tal que, en una fiesta brillante y divertida, por ejemplo, permanezco generalmente en silencio

cuando todos se muestran ingeniosos y relajados, pero cuando están todos serios yo me muestro el más alegre, el más dado a las diabluras, el más ingenioso. ¿Es posible que las dos hipótesis juntas den como resultado la verdad?

¡Extraña cosa el corazón humano! Nunca amé a Antoinette o, si la amé, aquello duró a lo sumo dos días, se me volvió a cada hora más indiferente, y el amor se extinguió como una vela. Me prestaba libros con frecuencia, lo mismo que yo a ella, y cada uno que recibía de su parte olía intensamente a almizcle. Llevamos ya cuatro o cinco meses de completa indiferencia del uno respecto al otro, y he aquí que me envía el ejemplar de *Don Carlos* de Schiller que yo le había prestado en su día, en horas felices. Lo abro, y el libro despidе un intenso olor a almizcle. Durante meses no me he acordado de ella pero, curiosamente, tan pronto como percibo ese aroma mi corazón se pone en movimiento y ella ocupa todos mis pensamientos; se me aparece por todas partes, y de haberla tenido delante no tengo duda de que mi pasión, atizada, habría llameado más que nunca, aunque no por demasiado tiempo, a buen seguro. Ahora que escribo estas palabras, el fantasma ha desaparecido más o menos; pero, ¡cielos!, desde luego resulta curioso.

[*Segunda mitad de octubre*]

¡Hoy bailaremos en casa de los Wohlgemuth! Allí estarán las dos señoritas W.; ninguna de las dos me gusta en particular, y sin embargo llevo todo el día más inquieto que cuando me disponía a visitar a Therese en los días de mi fervoroso amor por ella. ¿Por qué será?

¡Antoinette se casa, se casa con un hombre con el que difícilmente será feliz! Me da pena, merecía mejor suerte. Su futuro esposo parece un hombre sumamente bruto e inculto, ella dependerá mucho de su suegra; pero apenas podrá quejarse,

ni siquiera podrá censurar seriamente alguna futura infidelidad de su marido. ¿Fue ella fiel en el tiempo en que él estaba perdidamente enamorado de ella? Precisamente en aquella época me amaba a mí, y seguiría amándome con toda probabilidad si mi inconstancia no hubiera roto el lazo que nos unía. Poco después de la separación, de cortarse los vínculos y nexos mutuos, ella se mostró sumamente tensa, afectada, exageradamente fría, pero ahora parece más natural. Se debe esto a buen seguro a que en los primeros días se avergonzaba ante mí, pues era yo quien había roto, mientras que ahora, al acercarse su boda, siente algo así como un triunfo... ¡Pobre muchacha!

¡Resulta, en efecto, curioso que en mí todo sea diferente que en los demás hombres! ¿He de considerar este rasgo como una prueba de mi valía o de lo contrario? Todos los escritores disfrutan (eso creo al menos) del ocio imperturbado para poder escribir; los poemas más bellos y ardorosos brotan de sus plumas cuando están desocupados... ¡En mi caso ocurre precisamente lo contrario! Nunca me gusta componer versos; aun así, prefiero hacerlo cuando ando ocupado en asuntos que no guardan relación alguna con la poesía. Me siento predispuesto a ella, por ejemplo, cuando afronto un inminente examen rodeado de mamotreos e infolios; en cambio, en los dos meses que he pasado hastiado y aburrido durante las vacaciones, no he podido decidirme a escribir ni siquiera un solo verso.

¿Llegaré a ser algún día algo más que un escritor mediocre? ¿O no? He aquí una duda que me desespera. En apoyo a ambas afirmaciones contrarias se pueden aducir importantes motivos. A menudo experimento el intenso sentimiento de ser un escritor; me enfado entonces conmigo por regocijarme de un don que, de hecho, sólo cobra realidad en mi cabeza. Poseo, ciertamente, una imaginación viva y ardiente, lo atestiguan muchas horas felices de mi vida y también

muchas tristes, los trastornos de mi salud física y mis conocidos más cercanos; albergo pasiones intensas, lo cual se solapa con lo anterior, y sin duda ha de tenerlas un hombre que en cierta medida quiera reivindicar para sí el nombre de poeta. Pero ¿bastan esas pasiones para considerarse poeta? ¿No se necesitan, para situarse entre los sacerdotes de la musa, otras cualidades que ni conozco ni poseo? ¿No pertenece a esas cualidades el *furor poeticus* que todo el mundo exige al escritor y del que yo, para ser sincero, carezco? Otros escritores se enardecen escribiendo; a mí, escribir me enfría; buscar palabras, sílabas y rimas me agota, y el fuego de mi fantasía debe haber alcanzado la cumbre más alta para que yo sea capaz de acabar en un solo día un poema, como ocurrió con la balada «La tumba en el bosque». Recuerdo que entonces mis sentimientos se agitaron hasta el final, versos y rimas brotaban con facilidad de la pluma, lo cual sucedió también en el caso de los poemas «La verdadera fe» y «La muchacha en primavera». Todos los demás poemas, por muy ínfimos que fuesen, los escribí a fuerza de remiendos, trabajosamente, y tengo todo el derecho a decir que los he «sudado». ¡Pero quiero terminar aquí, pues mi vanidad empieza a agitarse!

[Después del 24 de octubre]

¡Madame Roose ha muerto y con ella mis mejores esperanzas! ¡*Blanca de Castilla* nunca podrá ser representada, tampoco *Roberto de Normandía* y qué se yo cuántas piezas más! ¡Es muy triste! Nunca he trabajado a gusto en la primera pieza, pero ahora me supone definitivamente una carga.